



Indígenas del Kadi visitando los dominios de Kamrasi.

## XVI.

El Uñoro.—La residencia de Kamrasi.—Seis semanas en el Uganda.—Política de Kamrasi.—La partida.

En medio de un verdadero Océano de verdura pantanosa, á 1° 37' 43" de latitud Norte y 32° 19' 49" de longitud Este, y en la confluencia del Nilo Blanco

y del río Kafu, se eleva el palacio de Kamrasi, Rey de los Reyes. Es una choza sólida, aplastada y rodeada de cierto número de otras mas pequeñas; es por lo demás la morada menos régia que hemos encontrado desde nuestra salida del Uzinza. Pero por modesta que sea, no es de fácil acceso por que se halla en medio de la aldea de Chaguzi. No he olvidado lo que me ha dicho Mtesa acerca de las costumbres inhospitalarias de Kamrasi, que aloja á sus huéspedes á la

orilla del río, y yo protesto contra toda idea que me aleje del palacio. Este es mi derecho y espero que no quede desatendido. Kayunyu, introductor de emba-

jadores, me trae pombé y me dice, que tendré que contentarme con algunas cabañas bastante mal arregladas y sucias al otro lado del río Kafu; pero que



Indígenas del Gani, orilla derecha del Bahr-el-Abiad.

mañana nos colocarán mejor en el palacio mismo; pero aquí como en el Uganda, siempre el día de mañana se aplaza indefinidamente.

El 11 de setiembre el rey envía á preguntar por nosotros con toda la apariencia de una política forzada. Mañana nos recibirá, nos instalará segun nues-

tro deseo, y mandará colocar puentes en los arroyos que nos separan de su palacio. Entre tanto pide dos paquetes de cartuchos, uno que se gastará delante de sus mujeres y el otro delante de los indígenas del Kidi que han ido á visitarle.

Le envío á Bombay y á dos de mis hombres: lle-



von una vaca que trataban de matar delante del rey y de sus huéspedes. Bombay, que ve con pena agotarse nuestras municiones, se resiste cubriéndose con las órdenes del Bana, y por último, manda á sus hombres que procuren no tocar á la víctima. El rey, sin tomarlo á mal, aplaza para el día siguiente el sacrificio solemne, suplicándome que le presencie. Consiento en ello, pero insistiendo en que se me conceda la audiencia y se me señale un alojamiento conveniente.

12 de setiembre.—Bombay ha matado la vaca con gran admiración de los hombres del Kidi, los cuales, llenos de espanto, desean marcharse en seguida. El rey parece hallarse complacido, pero no quiere cortar todavía aquellas dilaciones que en su concepto afirman la alta dignidad de la corona. Ha explicado á Bombay los verdaderos motivos que le hicieron temer nuestra visita. Las noticias que habían llegado del Uganda nos presentaban como verdaderos ogros «que se comían montañas de huevos y se bebían ríos de pombé.» Kamrasi tal vez se hubiera conformado con aquella voracidad, pero se decía también que devorábamos tres veces cada día las «visceras» de algún ser humano. «Y ciertamente, añadía el rey, me era imposible sacrificarles tan gran número de súbditos.» Indica que tiene intención de llevarnos después hacia una isla del Kidi, donde se han refugiado ciertos rebeldes (sus hermanos), á quienes le ayudaremos á poner en fuga. Pero todo esto no basta á moverle para concedernos la primera entrevista.

13 de setiembre.—Pregunto por el chambelan Kidwiga y le encargo que trasmita á su soberano las mas enérgicas quejas; pero por desgracia. S. M. se ha achispado y no admite á nadie, ni comprendería mis reclamaciones.

14 de setiembre.—Reflexiono y pongo por obra un verdadero recurso diplomático. Mando decir al rey que Grant y yo, hemos resuelto cortarnos los cabellos y tizarnos la cara para que no nos teman. Kamrasi contesta suplicándonos que no nos desfiguremos de aquel modo. Su gente tiene orden de transportar nuestro equipaje al cuartel aristocrático. Kayunyu y los demás maestros de ceremonias, llegan de repente para convencernos de que no ejecutemos nuestra amenaza... Ya estamos en el hermoso cuartel de Chaguz y han puesto á nuestra disposición un grupo de chozas muy cómodas á orillas del Kafu. Este río nos separa de palacio. Nuestra nueva morada no es seguramente el ideal de una habitación: nos hallamos en medio de una vasta pradera, en parte inundada, cuya yerba nos llega hasta la barba. Nos es imposible pasear, y como punto de vista solo podemos mirar el palacio de Kamrasi, y mas allá algunas montañas cónicas, una de las cuales, el Udon-go, podría ser el Padongo mencionado por Brun-Rollet, que le coloca á 1° de latitud Sur y 35° de lon-

gitud Este. El rey nos ha enviado después de nuestra instalación dos jarros de pombé, cinco aves y algunas bananas, cuidando de pedirnos el cortaplumas de varias hojas que sus oficiales han visto en las manos de Grant. Por toda respuesta le reconvengo de que prefiere nuestros regalos á nuestras personas. Sin embargo, si insiste, le daré el cortaplumas que desea, pero se le enviaré con otros regalos por medio de un hombre negro, ya que este color le agrada mas que el nuestro.

Las gentes de Kyengo nos refieren la campaña que han hecho con las tropas de Kamrasi contra sus hermanos sublevados, y dicen que los guerreros del Uñoro son extraordinariamente cobardes. Kamrasi, que nunca ha podido hacer entrar en razón á los rebeldes, cuenta ahora con nuestro apoyo.

18 de setiembre.—Por fin hemos obtenido la audiencia, pero no sin nuevas dificultades. Nuestro huésped, obedeciendo á sus recelosos instintos, quería que sus oficiales examinasen previamente los objetos que le destinábamos. No me convenia aceptar semejantes desconfianzas, y rehusé con empeño aquella previa investigación. Kamrasi ha acabado por renunciar á ella, y salimos con el *Union-Jack* á la cabeza para embarcarnos en tres grandes canoas que nos enviaron para atravesar el Kafu. En la orilla opuesta á la nuestra se ha levantado para aquella ceremonia una choza al abrigo de las miradas de los curiosos. Allí nos esperaba el gran rey en un taburete de madera colocado en una plataforma de césped sobre dos alfombras superpuestas, una de piel de vaca y otra de pieles de leopardo. Envuelto así en el mbugu, tranquilo, impasible y mudo, parecía un papa en toda la magestad de su poder. Sus cabellos, de media pulgada de largos, formaban rizos alrededor de su cabeza. Tiene los ojos rasgados, la cara estrecha, la nariz prominente, y aunque hermoso, es menos alto que Rumanika. Formaba el dosel una piel de vaca, y una cortina de mbugu cubria la parte inferior de aquel, fuera del cual estaban sentados de doce á quince de los principales cortesanos.

No había mas. Tomamos asiento en nuestros banquillos de hierro, y Bombay colocó nuestros regalos á los pies del trono. La lista de ellos se halla en la nota (1). A esta ceremonia siguió un silencio sepul-

(1) Una carabina de dos cañones, una caja de hoja de lata, una colcha oscura y otra encarnada, diez paquetes de alambre, cuatro calcetines llenos de abalorios, otros dos de perlas, *huevos de paloma*, azules y blancos, un cortaplumas, dos libros, un anillo de goma elástica, un pañuelo encarnado, un saco de cápsulas, un par de tijeras, un bote de pomada, una botella, un frasco para pólvora, siete libras de pólvora, un estuche, una caja con los útiles de embetunar, una cerradura con su llave, cuatro puños de bronce, ocho mangos del mismo metal, siete piezas de indiana, siete de *bindera*, un saco de tela encarnada, un par de anteojos y una caja de fósforos.

cral que rompí informándome de la salud del monarca y refiriéndole que había viajado mas de seis años (de cinco meses) para llegar á aquella entrevista que colmaba todos mis deseos. Si yo había llegado por el Karagué en vez de subir por el Nilo, era porque los *vuanya-beri* (los habitantes del Beri en Gondokoro) habían impedido todas las tentativas de los hombres blancos para abrirse camino hacia el Uñoro. El objeto de mi visita era saber si convendría á S. M. comerciar con nuestro país, cambiando el marfil por nuestras mercancías europeas. Si consentía en ello irían á su país los comerciantes como los del Zanzibar van al Karagué. Rumanika y Mtesa comprenden ya las ventajas de semejante estado de cosas. Es de sentir que no haya paz entre el Uganda y el Uñoro; pero el mejor medio de poner termino á las devastaciones de los vuagandas es favorecer el desarrollo de las relaciones comerciales con el extranjero.

Kamrasi en vez de contestarnos directamente, se puso á hablarnos con tono tranquilo de los cuentos absurdos que se le habían referido acerca de nuestra estancia en el Uganda. Por lo demás se alegraba ver, que aunque nuestros cabellos eran rectos y blanca nuestra piel, no dejábamos por eso de tener manos y pies como los demás hombres.

Entre los objetos colocados sobre la colcha encarnada, los anteojos produjeron mucha alegría, y los fósforos admiración. Cuando todo hubo terminado, me pidió que le enseñase mi cronómetro, que era, según decían sus oficiales, el cuerno mágico, por medio del cual encuentran los hombres blancos su camino en el mundo entero. Kamrasi manifestó deseo de quedarse con aquel objeto, que era, además de los fusiles, el único absolutamente desconocido para él. Procuré escusarme dándole esperanzas de que si enviaba mensajeros al Gani, podrían proporcionarle un instrumento semejante al mio, y que entre tanto, por no tener mas, no podía entregarle aquel. Cambiando de conversacion el rey preguntó:

—¿Quién reina en Inglaterra?

—Una mujer, le contesté.

—¿Tiene hijos?

—Seguramente: aquí teneis dos de ellos, replicó Bombay con imperturbable seguridad.

Kamrasi no dejó por eso de tenernos por comerciantes y nos propuso una venta de vacas que rechazamos como indigna de nosotros. Al salir de la audiencia, nos dió cuatro jarros de pombé que le agradecemos mucho.

19 de setiembre.—Acabo de proponer á Kamrasi que le daré la tercera parte de los fusiles que hemos dejado en el Uganda y la tercera parte también de las mercancías que han quedado en el país de Rumanika, si quiere reclamarlos de nuestra parte y darnos los hombres necesarios para trasportar aquellos ob-

jetos. Me contesta con palabras de benevolencia que no debo inquietarme por nada; que tendré todo lo necesario; que me ama mucho y desea rodear su nombre de una doble aureola, y que me envía por de pronto dos jarros de pombé, un saco de sal y una bola de manteca. La sal, que es muy blanca y muy pura, procede de una isla situada en el lago llamado «pequeño Luta Nziye,» á 60 millas del palacio en que estamos, en la dirección del Oeste. Al hablarme de este lago y de los países que le rodean, á saber: el Uganga, el Ulaja y el Namachi, se menciona, mas allá de esta última comarca, y cerca del 2° de latitud Norte, á los *wilyanwanta* (caníbales) que «entierran las vacas y se comen á los hombres.» Estos son sin duda los *niam-niams*, en cuyo país pretende Petherick haber entrado en 1857-58. Se asegura que crean entre sí una especie de lazo fraternal bebiendo el uno la sangre del otro, y que sustituyen la manteca en su sopa con grasa de carne humana previamente frita.

20 de setiembre.—Hoy ha tenido efecto la segunda conferencia con Kamrasi, que quiere comunicarnos noticias llegadas del Gani. Teniendo yo vagos indicios de que Petherick se halla en aquel país, propongo que vaya Bombay á buscarle con una carta mia, pero no obtengo respuesta. Después de mucho hablar, el rey vuelve á ocuparse del cronómetro que le he negado con tanto empeño. El deseo que siente de poseer tan precioso instrumento es una verdadera enfermedad de que yo solo puedo curarle. Observo entonces que todos aquellos vanos discursos, aquellas supuestas noticias, aquellas seguridades de amistad, no tenían otro objeto mas que predisponernos favorablemente, y preparar el resultado de aquella nueva petición. Era duro sacrificar inútilmente un excelente reloj que me había costado 50 libras esterlinas (5,000 rs.), y que no podía reemplazar á ningún precio. Pero por otra parte ¿cómo había de renunciar á dirigirme al Gani y perder todas las ventajas del viaje? Es cierto que hubiera podido engañar á Kamrasi acerca del uso del cronómetro que él creía una brújula, pero ¿á qué conducía esto? Hubiera exigido los dos objetos y la resistencia solo hubiera servido para escitar su ciega codicia. Fue preciso pues sacrificar-se. El reloj y la cadena pasaron á manos del odioso monarca que en vez de darme las gracias, me preguntó si tenía algun otro «cuerno mágico,» con la intención evidente de imposibilitarnos de viajar para reservarse todo el honor y todas las ventajas de abrir el nuevo camino. Aquella misma noche nos trajeron el cronómetro que necesitaba componerse. La aguja de los segundos no andaba y no esperaba yo menos de las manos brutales en que se hallaba aquella delicada máquina.

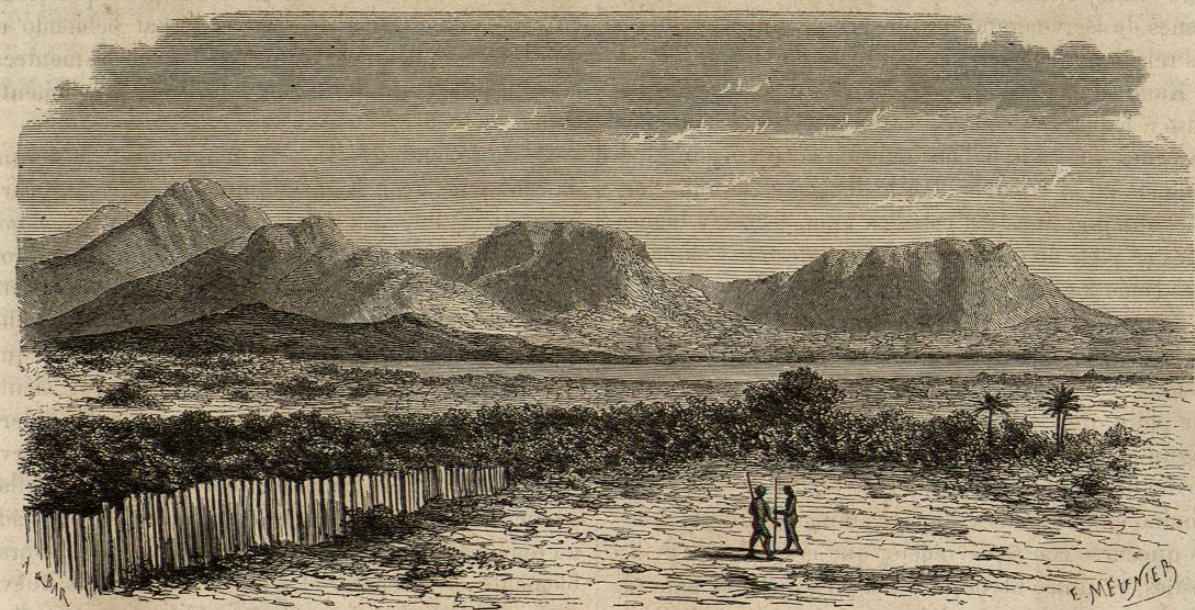
21 de setiembre.—Nuestras nuevas instancias para



obtener el permiso de seguir adelante, hacen pensar al rey que le tengo ojeriza por haberme privado de mi reló, y me manda á decir que le conserve yo hasta el momento en que pueda proporcionarme otro, rogándome al mismo tiempo que no le diga que le quiero dejar.

25 de setiembre.—Por la mañana nos anuncian solemnemente que Kamrasi irá á visitarnos, y nosotros preparamos la choza en que hemos de recibirle lo mejor que podemos. Mis hombres anuncian su desembarco con tres tiros de fusil, y mientras que Fry, con su pito de contramaestre, ejecuta una marcha cómica, nosotros, con el sombrero quitado, recibimos á S. M., que se muestra muy dispuesto á ad-

mirarlo todo. También lo está á llevárselo todo, nuestros mosquiteros, nuestras camas de campo, nuestro sestante, nuestros cubiertos, nuestros álbums. Es preciso defenderlo todo, negarlo todo con gran sorpresa del monarca que esperaba indudablemente ver satisfechos al punto sus menores deseos. Por último le he intimado que me atienda, y cuando me ha parecido hallarse dispuesto á escucharme, le dije: «Deseo saber positivamente si quereis que los comerciantes ingleses vengán aquí regularmente como al Karagué. Si es así, consentireis en darme un *pembé* (un cuerno mágico), para probar la voluntad del gran Kamrasi.—No deseo otra cosa, me contestó. Os daré el cuerno grande ó pequeño, según lo querais.



El Nilo y las montañas de Kuku.

Después, cuando hayais marchado, si sabemos que hay ingleses en el Gani que deben venir aquí, pero que se hallan detenidos por temor á mis hermanos, iremos con nuestras lanzas á dar auxilio á sus fusiles. Yo mismo dirigiré la expedición, y mis hermanos se verán precisados á tomar la huida... Ahora escuchad vos una petición.—Tenia por objeto, como siempre, que le diese estimulantes para recobrar sus agotadas fuerzas. De nada hubiera servido discutir, y le di unas píldoras y una bebida que debía tomar por la mañana como tratamiento prévio.

Entonces dió la señal de retirada, y nos apresurá-bamos á acompañarle, cuando reclamó el regalo de despedida que le debíamos, y con el cual contaba su mujer. Yo le eché en cara sus perpétuas peticiones en términos bastante enérgicos para hacerle cambiar de color.—¡Vamos! exclamó con tono bastante irritado. Fry se puso á silbar, pero como no se hizo salva-

alguna y se nos pidiese cuenta de aquella omisión, contesté: «Seria impropio manifestar alegría cuando se vá nuestro huésped.» Nos conservaba rencor, porque aquella noche no recibimos ningun jarro de *pombé*.

Durante una semana no vemos á Kamrasi que se escusa con la multitud de sus ocupaciones belicosas. Por último, el 2 de octubre, he descubierto la verdadera causa de nuestra prision, pues nuestra instalación no es otra cosa. Debemos la prision á los hermanos del rey que le han reconvenido amargamente, antes de nuestra llegada, de dar hospitalidad á malvados hechiceros capaces de dañarle por toda clase de abominables medios. El rey, siempre débil, ha salido del paso prometiéndoles que nadie nos veria, y por eso hemos sido colocados en un recinto de pantanos sin mas salida que el camino del palacio que es una de las mas asquerosas calles que se puede imaginar.



Hechicero ocupado en operaciones mágicas en presencia de mis «fíeles», de los oficiales y del emano del rey Kamrasi.